



LIBROS:

Decir basta y después morir

Ezequiel Martínez Estrada: Leopoldo Lugones, retrato sin velar. Extraño destino el de este hombre: treinta años después de muerto, no pasa mes sin que le endilguen algún libro, él a quien nadie leía en vida, sino algunos colegas y para alabarlos. Es sabido que nunca vendió más de 200 ejemplares, y que ediciones íntegras las absorbía la Comisión de Bibliotecas Populares, siempre benévola con las ratas. Pero —entrando bien—, nada ha cambiado, pues lo que escriben sobre él tampoco lo heen. Lo usan para disimular que están hablando de sí mismos: es un taparrasos de moda.

Como Lugones fue el movimiento contrario, así en estética como en política, hay Lugones para todos los gustos: basta con cortar, en su parábola vital, el segmento con que uno se identifica y desinteresarse del resto.

Es tan cautelosa la inteligencia argentina, tan parca, tan huidiza ante el ridículo, que nadie se atreve a declarar: "Esto lo digo yo porque me da la gana". Semillas de Unamuno, de Baroja, de Maeterlinck, no se acimatan bajo estos cielos. A cada idea se le busca un padrino con musculos. Los personajes ilustres se convierten en zombies: les quitan el alma y los hacen andar por el mundo según la voluntad del brujo.

Que Lugones fue un personaje —desde niño—, nadie lo ha dudado, y menos él. Psicológicamente, es un hombre del 80 que llegó tarde, cuando el 80 moría, como indica Martínez Estrada. O, más bien, de treinta años atrás, cuando otros gratificamos sin dinero (Mitre, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez) volvieron del exilio y, mal que bien, hicieron el país. De ahí su conducta quisquillosa, sus maneras altisonantes, su empuje: necesitaba hacerse valer, porque los Lugones no andaban sobrados de doblones, y por ese entonces —al menos en su mente provinciana— regía de veras aquello de "tanto tienes, tanto vales". ¿Cómo no había de ocurrírsele exhibir su pobreza como un tironeo de hidalguía?

Aunque mercedo, el culto que se rinde a su pobreza, a su independencia, a su carácter arisco, a su tenacidad en el trabajo, proclama que estas virtudes, comunes a la clase intelectual de cualquier país, no eran frecuentes en la Argentina de su tiempo, como lo fueron en la generación anterior. Y hasta la vergüenza se habría perdido en la siguiente, si Martínez Estrada lo alaba por ellas de tal modo que el lector asocie los nombres de maestro y discípulo.

Cuando se vio copado

Pues aquí la República Literaria no tiene Presidente, sino Rey. Lo fue Lugones: desde entonces, el trono pertenece a Borges; Malloa supo apartarse con prudente indiferencia, pero Martínez Estrada atormentó sus últimos años en una insensata guerrilla,

con el fin de restablecer su primogenitura. Había sido ungido poeta por él, como Franco, Pedroni, Hega, Nalé y algún otro. En cambio, Borges fue el capitán de una sedición —o de un bochischo—, y su ulterior reconocimiento de que el martiniferismo emana del Lusario sentimental es, además de un acto de justicia, una jactancia hipócrita.

Lugones fue un pedagogo liberal, que se volvió fascista; con toda lógica, pues el liberalismo presupone un consenso sobre el régimen burgués de propiedad; después del triunfo bolchevique, el Senador Albertini financia al Duce, Von Papen se somete al Führer, y en esta apartada orilla, Malloa descubre la "Argentina invisible" —sin chusma que ensorbece la libreta de enrolamiento—, y tanto él como la señora Victoria Ocampo son huéspedes oficiales del Gobierno italiano. Solo que esta gente nunca se desvincula, por simpatía ideológica, de los muy concretos intereses que rigen su país, mientras que el desmesurado Lugones, después de encabezar la revuelta anglofrancesa contra la neutralidad argentina (211 beligerancia), da un paso más y adhiera al sistema de los países que pronto entrarán en guerra con los imperios dominantes en la Argentina. Entonces, La Nación empieza a tirar al canasto sus originales, y él se sitúa solo, traicionado, convertido en chivo emisario. Como dice en *Romances del Río Seco*:

Y cuando se vio copado,
sin haber lugar a dudas,
para no hacerles el gusto
se dio la muerte de Judas.

Veinte años después, Martínez Estrada, cuyos libros pseudo-sociológicos habían sustentado la ideología liberal e incomprensible a la chusma, siente, también, que ha sido utilizado. A la caída del peronismo, todavía complace a sus viejos prejuicios (¿Qué es esto?): pero al vez de qué se trata, al comprobar que la oposición democrática del 45 se movía de la democracia en el 55 (Las cucernias), al observar que sus amigos de siempre lo evitaban y se rifaban sus ropas, reacciones virilmente, como Lugones, aunque en sentido inverso. Bloqueada históricamente la transición hacia el fascismo, él se arrojó a Fidel Castro. Y arroja dardos y centellas contra su propio bando: apostrofa y jermisa; se afina, sale del país, muere como un perro apesadado.

"Este no es el libro que Martínez Estrada hubiera querido escribir sobre Lugones", previene honoradamente su albacea literario, Enrique Espinosa. Los materiales que él reunió —casi todos de valor paracostero— ilustran sobre esa infructuosa batalla póstuma por la sucesión de Lugones. Entre ellos, solo el que presta título al volumen ("Retrato sin retocar") ostenta la garra de Martínez Estrada, su suntuosa polifonía verbal, su velocísimo tumulto de ideas y apostillas, su robusta agilidad para la elaboración de mitos. Pero Lugones, cuando escribía su libro de ensayo sobre Boccia, sintió la necesidad de pagarse un tiro dejando una esquela que decía: "¡Basta!" No era necesario que Martínez Estrada se pagase un tiro; pero ni siquiera en ese texto fue capaz de decir basta (*Ensayo*, 1958; 164 páginas, 450 pesos). ♦



Lugones y Martínez Estrada, según Sábat: Dos destinos.

Decir basta y después morir. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Decir basta y después morir. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile